

Cultura a la contra:

## ¡Hola, monstruo verde!

Se dice, o se decía, que la ciencia-ficción no es algo serio, que no es literatura. Se dice, o se decía, que en España es un género que no gusta, que los españoles somos realistas —o berzotas, como la famosa generación—, y que no queremos saber nada de fantasmas o especulaciones. Se dicen, se decían y se dirán muchas tonterías. La ciencia-ficción —yo prefiero llamarla ficción especulativa; es más bonito y como más francés— ha sido aplastada y oscurecida por la dictadura: el poder aborrece la especulación, y el poder absoluto rechaza la especulación absoluta. Ahora, ya liberados del monstruo que nos atenazaba —liberados, en parte, por lo menos—, los amantes de la ciencia-ficción nos soltamos la melena; los monstruos verdes salen de sus armarios y nos cuentan sus historias de lejanas galaxias o de muy próximos espacios interiores. No son terroríficos, no son espantosos: son más bien simpáticos, y nos devuelven el placer de la lectura y de la invención. Hacen, en fin, literatura.

Y no sólo es esto; resulta de pronto que los españoles hacemos muy bien ciencia-ficción. Prueba de ello, la última convención europea de ciencia-ficción, que acaba de celebrar su cuarta edición en Bruselas. En ella, tres premios internacionales han sido concedidos a España: al mejor fanzine —término técnico que designa a las revistas no profesionales—, para "Zikkurath"; a la mejor iniciativa dentro del campo fantástico, a Jacinto Molina —el inefable Paul Naschy, hombre-lobo de caperucitas azules—; y a la mejor obra de teatro a "Sodomáquina", de Carlo Frabetti. Son premios inesperados y maravillosos, que muestran un mundo de invenciones desconocido entre nosotros.

"Zikkurath" es una revista maravillosa: obra del trabajo personal de un hombre plenamente lanzado a ello, Fernando P. Fuenteamor, que dedica su escaso tiempo libre y el poco dinero que gana a poner en pie una revista literaria —literaria sin adjetivos, aunque se llame de ficción especulativa— de las más interesantes de este país. Fuenteamor, a pesar de lo que digan sus detractores, no se alimenta de rayos cósmicos ni bebe agua pesada; más bien tiene problemas con la línea, y enfunda su cuerpo, en invierno, en un grueso jersey azul que ni siquiera es cobalto. No es un mutante; ninguno de los amantes de la ficción especulativa lo somos, aunque —dado el triste estado de la raza humana— algunos lo deseamos. Es, simplemente, un amante de la literatura que, desde su tiendecita del barrio de Begoña, pone en pie un sueño, sublima una ilusión.

No voy a hablar de Paul Naschy, ese simpático loup-garou; sólo diré de él que, a pesar del juicio que nos merezcan sus películas, ha llevado a cabo su máxima ilusión: hacer de Drácula, de momia, de hombre-lobo y de gran inquisidor, dando cuerpo a nuestros amores más secretos. Ni tampoco de Carlos Frabetti, a quien todos conocemos en su doble faceta de impulsor de la ficción especulativa y practicante de oscuros pensamientos orientales, que él transmite en clarísimas formas de quehacer materialista y cotidiano. Ni hablaré tampoco de "Nueva Dimensión", una de las mejores publicaciones del género en Europa, y que al parecer —sería una pena— va a morir de inanición un día de estos. Sólo quiero hablar de los monstruos: de esos seres tentaculares que están entre nosotros, y a los que —gracias, precisamente, a la ficción especulativa— vamos empezando a perder miedo. Ya muere la xenofobia espacial, ya el Endriago del "Amadís de Gaula" puede entrar en un "pub" a tomarse un "cubata" sin que nadie grite ni se espante. Ya la imaginación no es sólo semillero de terrores, y los sueños de la razón no producen monstruos, sino agradables personajes tal vez un poco raros, pero nunca ajenos. Personajes entrañables a quienes se puede ligar con un sencillito: "Hola, monstruo verde, ¿qué haces tú en este bar?". ■ EDUARDO HARO IBARS.

doxas invenciones de lucha contra el fascismo de la época.

Con ciertas notas, comentarios y —claro está— sus respectivas partituras musicales y textos literarios, el "Cancionero...", además de remitirnos a una situación sociopolítica que nunca será suficientemente investigada, nos revela una serie de creaciones colectivas, anónimas o simplemente populares que constituyen un indudable logro cultural...

En parecidos y aumentados términos nos podemos expresar

nidad; entre esos nombres, los de Bertolt Brecht, Louis Aragon, Hanns Eisler, Rodolfo Halffter, Bela Reinitz, Schostakowitsch, el "internacionalista" Eugène Pottier, Paul Robeson, o el propio recopilador Busch. Y si bien entre todos esos temas, y otros muchos de autores de pocas o ninguna campanilla, proliferaron en algún momento los triunfalismos, las veleidades o la escasa altura artística, no fue sino debido a la urgencia de la situación, poco propicia para retoques y experimentaciones.



## CANCIONERO DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

con relación al "Cancionero de las Brigadas Internacionales" (2). Un tomo de 190 páginas, primitivamente publicado por Ernst Busch, en Barcelona, 1938, y que recoge amplísimamente la masiva aportación de canciones creadas por y para aquellos que intervinieron en nuestra contienda civil, procedentes de cualquier parte del mundo, en defensa de la legalidad republicana y en contra del "fascioso fascio insurgente", por emplear la correcta terminología de la época. Así, pues, canciones interpretadas y compuestas originariamente en inglés, en francés, en alemán, en danés, en sueco, en italiano, en polaco, en yugoslavo, en húngaro, en checo..., que de todo hubo en la trinchera del "leal" al régimen democráticamente instalado en nuestro país en 1931 y vigente en el 36. Y, por supuesto, no faltan los temas en castellano o en catalán, que los de aquí o los de allá cantaban igualmente.

Hay que mencionar, para finalizar, que entre los autores de estas composiciones hay algunos muy ilustres, los cuales jamás consideraron el pequeño terreno de la canción como algo menor y desprovisto de dig-

Sin embargo, ahí quedará ese rosario de canciones, alientos, deseos, emociones y en ocasiones bravatas como testimonio vivo, fiel y muchas veces desgarrador de una lucha idealista cien por cien. ■ ALVARO FEITO.

## DISCOS

### Rock para tiempos tormentosos

En el contexto del rock de 1978, Tom Robinson es una insólita figura. En un momento especialmente cínico y apolítico, aparece un señor que sale al escenario escupiendo contra el fascismo, el racismo, el sexismo y otras bestias negras que rara vez son mencionadas en las letras de los grupos de primera fila. Y no sólo esto, sino que Robinson se define como homosexual activista, algo realmente destacable en un mundo tan impregnado de esencias machistas como lo es todavía el del rock. Sus canciones tienen estribillos machacones, y caen frecuentemente en clichés panfletarios, pero logran el impacto deseado:

(2) "Cancionero de las Brigadas Internacionales". Editorial Nuestra Cultura. Madrid, 1978. Introducción de Arthur London. Contiene traducciones al castellano de las canciones en otras lenguas.

los discos de la Tom Robinson Band están en las listas de éxitos, lo que significa que alcanzan mayor difusión que las diatribas rabiosas de Clash, el otro gran grupo surgido de la explosión "punk" que se caracteriza, igualmente, por su activismo.

Claro que la música de la Tom Robinson Band no tiene nada que ver con el sonido extremista de Clash. Aunque también hayan salido a la superficie aprovechando las aguas revueltas por los Sex Pistols y sus descendientes, la Banda de Tom Robinson es casi un grupo anacrónico por la construcción de sus composiciones, sus ritmos influenciados por Lou Reed o Steely Dan, los solos resplandecientes de la guitarra, sus conexiones con la exuberancia del "music-hall" británico (no olvidemos que Robinson grabó por primera vez, bajo la dirección de Ray Davies, el hombre que hizo de los Kinks una banda de vodevil). Sin embargo, su música es plenamente contemporánea en el sentido de que no sería explicable sin el telón de fondo de la Inglaterra actual. De la escucha de su primer LP (1) uno saca la conclusión de que el autor no ve nada risueño en el futuro inmediato del Reino Unido; sus temas están llenos de visiones de una sociedad cada vez más polarizada, con un régimen represivo que aprovechara el giro a la derecha del electorado británico para enseñar "ley y orden" a las minorías juveniles, raciales o sexuales. La difusión del nazismo a través de organizaciones como el National Front, los descarados intentos de la seño-

ra Thatcher para explotar la xenofobia y el descontento de amplias capas sociales, el desgaste moral del Partido Laborista y los sindicatos, todo esto y mucho más son las señales de alarma que Robinson denuncia con voz indignada.

Es necesario recordar que el rock no se presta dócilmente a la incrustación de mensajes políticos, aunque haya proporcionado abundantes dosis de himnos de rebelión. La música de la TRB sufre de un esquematismo que le resta vigor y algunas de sus letras son tan simplistas que harían enrojecer al Phil Ochs de la época más maniqueísta. Pero hay una cierta urgencia en la voz del cantante, una confianza en su capacidad de aglutinar mentes y corazones, un entusiasmo que hace disculpables sus excesos. Robinson también canta en "2-4-6-8 Motorway" y "Grey Cortina" al más viejo de los tópicos rockeros (el automóvil y la sensación de libertad que proporciona la velocidad), pero resulta especialmente efectivo cuando utiliza la ironía o la anticipación para sacudir la apatía de su público ante la marea conservadora.

A pesar de lo ambiguo de su posición—después de todo, graba para una multinacional tan tradicionalista y poderosa como EMI—, Tom Robinson está evitando las trampas más obvias: su música, sin perder eficacia concienciadora, es tan vibrante y potente como la de las bandas punkeras que han nacido en los últimos dos o tres años. Espero que dure: la Tom Robinson Band tiene cosas que decir y las sabe decir sin adular la magia del rock. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.**

(1) Tom Robinson Band: Power in the darkness (EMI-Odeon, 1978).

Tom Robinson Band.



## TEATRO

### Centro Dramático Nacional: Rodríguez Méndez, para empezar

Ignoro cuántos tabúes se rompieron la otra noche en el Bellas Artes. Muchos, desde luego. Y no voy a ser yo quien, por el carácter oficial del Centro Dramático, lo niegue. El franquismo nos enseñó a rehuir el elogio de las actividades subvencionadas, en la medida en que todas ellas se ordenaban de un modo directo a la mayor gloria de la dictadura. Parece que, entre las muchas cosas que deben romperse en estos tiempos, una es la sustitución de este recelo sistemático por una voluntad de participación y de crítica, de la que sin duda depende el futuro del país. Con esa libertad, reciente y aun insegura—[hablar de las actividades de la Administración sin torturarse por la torcida interpretación de los elogios!—, escribo este comentario.

Lo que no hubiera sido posible, lo es ahora, y algunos quieren que no lo siga siendo.—"Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga", primer espectáculo del Centro Dramático Nacional, ha sido un éxito. Con ser eso importante, es lo de menos. Lo de más está en que se trata del primero de una serie de espectáculos—otros tres ya listos para formar el repertorio rotativo del María Guerrero—que prometen calidad e interés, montados en un régimen de trabajo y con los medios materiales que son propios de una política teatral razonable. Lo de más es que "Bodas..." es la obra de un autor español que, además de poseer un innegable talento dramático, fue reiteradamente censurado durante la etapa anterior, en la que no fue posible estrenar, ni siquiera editar, el drama que nos ocupa. Lo de más es que su montaje ha supuesto el ganarse públicamente a José Luis Gómez, excelente actor y director, para el teatro español, tomado el término en su sentido más profundo, desvinculándole de esa dependencia cultural del teatro ale-

mán con que hasta ahora había generalmente comparecido. Lo de más está en la calidad uniforme de la numerosísima compañía, en la que todo el mundo tiene un sitio en el escenario, sin esa distribución de espacios y tiempo que permite averiguar desde la butaca el salario de cada actor. Lo de más está en que no se ha levantado el telón hasta tener completamente listo el espectáculo. Lo de más está en que se ha elaborado un espacio escénico extraordinario, no sólo porque multiplica el que realmente tiene el Bellas Artes, sino porque responde, sin lucimientos artificiosos, a la concepción profunda del montaje. Lo de más es que una obra de teatro nos ha hecho pensar en muchos escritores españoles, en nuestra historia y en nuestro presente, en la vida y en la muerte de los que no conocen del Estado más que la existencia de los guardias y los policías... Lo de más, en fin, es que esto haya sido posible en el marco de un Centro Dramático Nacional, dicho sea quitando de en medio cualquier resonancia de la palabra gratitud para poner en su lugar la de servicio. ¡Ya era hora de que la política teatral dejara de aparecer como un gesto dádívoso para traducirse en un laborioso trabajo!

El hecho de que un espectáculo así sea impensable en el régimen tradicional de la empresa privada no debe desespearar a nadie y sí servir de ejemplo. Es impensable hoy y era impensable antes. Por eso hace falta la atención de la Administración al teatro. Por eso existe, en términos más amplios que aquí, en otros países. Por eso el teatro privado ha de orientarse sobre otros supuestos...

Un drama de la vida española.—Creo que la obra de Rodríguez Méndez está mal hilvana dramáticamente. Se trata de una serie de cuadros, a través de los cuales ni la acción ni los personajes son tratados en profundidad. La escena inicial—en la que el Pingajo, borracho, le gana al Petate la hija en una apuesta gratuitamente concertada—es poco creíble. Incluso el diálogo, atrapado entre el casticismo del sainete y el propósito de alumbrar realidades que jamás osó tocar el costumbrismo—lo que supone, en definitiva, la ya habitual contradicción poética de quienes hacen un teatro progresista con tradiciones teatrales de funcionalidad conservadora—es, a veces, convencional y epidérmico...